

VIBRANTE HUMANIDAD Y UNIVERSALIDAD EN LA PERSONALIDAD Y OBRA DEL POETA

LIC. DAVID VELA

Escritor, Director de El Imparcial,
Guatemala

M. Aubrun, profesor de *Literatura Hispanoamericana* en Francia —cómo son de útiles los manuales, y a veces muy esclarecedores—, explicaba a sus alumnos que nuestra poesía “sigue una línea de unidad y continuidad desde Rubén Darío hasta Pablo Neruda”, es decir, desechaba la idea de que el MODERNISMO fue una escuela, sujeta por tanto a las vicisitudes de cualquier *moda*, reconocíale el valor de un movimiento más abarcador, surgido en un momento histórico en que se operaba un cambio de sensibilidad.

Juan Ramón Jiménez, admirador de Darío y de su obra (escribió *MI DARÍO* y *RUBÉN DARÍO ESPAÑOL*, pero también *CONTRA Y POR RUBÉN DARÍO*) consideró al MODERNISMO una renovación, que en España prestó vistosos y bien ajusta ropajes a la hermosa y desnuda poesía popular, que siempre ha sido raíz de la inspiración poética auténticamente española (el decir tan nuevo de García Lorca, por ejemplo, contiene el vivo recuerdo del viejo *romance*, que donde García Lorca dice “los gallos pican el alba”, había dicho —acaso más poéticamente— “los gallos cavan el alba”).

Pues bien, Juan Ramón estaba contra el *dariísmo* de algunos, quienes además de ser simples imitadores, no siempre con talento o suerte, resultaban anacrónicos, por olvidar que Darío había dicho “mi poesía es mía, en mí”, para advertir en forma peyorativa que, lejos de fundar una *escuela*, preconizaba la completa libertad del poeta, cronológicamente, siguiendo el desarrollo del pensar y el sentir español —esa “línea de unidad y continuidad”— J. R. Jiménez clasificó a Rubén Darío entre “rudos y entrefinos del 98”, en su libro *ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS* (Editorial Lozada, Buenos Aires, 1942, en el cual se propuso “exaltar a los jóvenes, castigar a los maduros y tolerar a los

viejos”, de España, de Hispanoamérica y del otro mundo, o sea, a quienes conoció en carne y hueso y a los “muertos transparentes”).

Juan Ramón Jiménez, mucho antes, habló oportunamente de “la obligación de una crítica directa, limpia”, que separase “el academicismo sucesivo, hábil y engañoso”, dándole lo que es suyo, contra la “mayor y menor juventud de lira corta y bombo largo”, e ir en busca de las virtudes “que dan a la poesía lirismo, perduración, clasicismo, inventiva sensual y propia voz”, eso que él había encontrado en Rubén Darío y que al primer contacto le produjo un deslumbramiento, sin ofuscación.

Con la inclusión de Darío —con todas sus consecuencias— en la generación del 98, quería sin duda Juan Ramón Jiménez reconocer su influencia renovadora o, al menos, el impacto que su arte tuvo en un momento crucial para la intelectualidad española. Federico de Onís, por largo tiempo profesor de literatura y cultura española en universidades norteamericanas, sostuvo que las tendencias del *modernismo* hispanoamericano, coinciden en mucho con las de la generación española del 98, aunque varios críticos se desorientaron, por no conocer la prosa del Nuevo Mundo Hispánico, sino tardíamente, muchos hasta con *La Vorágine* de Eustasio Rivera, en 1924.

Las coincidencias pudieron darse porque tanto el espíritu español como el hispanoamericano se abocaron con el mismo bagaje tradicional a la crisis finisecular del XIX, y porque “el MODERNISMO es más que una escuela —como dijo Enrique Díez Canedo—, su influjo sale del campo literario para ejercerse en todos los aspectos de la vida”. Desde luego, las circunstancias eran muy diversas, España pasaba por un momento de escepticismo y desaliento, después de su derrota en

Trafalgar, mientras que en América la inquietud era alimento de la esperanza. Darío llega por primera vez a España cuando se celebraba el IV centenario del descubrimiento de América, y llegaba de un Continente en donde amanecía el sol que se había puesto en los dominios del imperio español.

Don Juan Valera, heraldo del modernismo en España, quien dio el espaldarazo a Darío, reconociendo que con su poesía llegaba algo nuevo, de carácter regional, no como la obra de anteriores hispanoamericanos, quienes sólo parecían devolver, así fuera con creces, lo que de España habían recibido, e incluso influencias extranjeras que antes habían hecho escala en la Península, algo que creyó proveniente del indio chrottega, de su mestizaje y, también, del paisaje americano, aun cuando, al mismo tiempo, Valera señaló el afrancesamiento intelectual de Darío, pero el sentimiento siguió fiel a su tradición y a su formación cultural. Por eso explicara Darío, en carta Juan Ramón Jiménez, cuando en 1904 le envía versos que después incluyó en *Cantos de Vida y Esperanza*, diciendo "Por primera vez se ve lo que Rodó no encontró en *Prosas Profanas*, el hombre que siente. Será que cuando escribía entonces, aunque sufría, estaba en mi primavera y esto me consolaba y me daba alientos y alegría".

En efecto, Darío, entre otras cosas, aportaba un *subjetivismo individualista*, que Unamuno no encuentra en el realismo español, comentando que José María de Pereda era maravilloso en la descripción de paisaje y lo transforma su intelecto en un estado de alma, o vice versa, pero la prosa postmodernista siente intensamente ante el paisaje, lo vive, como en *PLATERO Y YO*, de J. R. Jiménez, o en las descripciones de Gabriel Miró. Carlos D. Hamilton (*Notas sobre la renovación modernista*, 1938), dice con razón que "el modernismo no sólo maduró la cultura hispanoamericana, sino que remozó la española, rompiendo los muros del siglo XIX y abriendo el alma del paisaje a una mirada asombrada que volvió a encontrar su paisaje interior". Como el alma de Darío asomada a la ventana de su REINO INTERIOR y que ve desfilar las incitaciones pares y paralelas de los vicios y las virtudes, absorba y conmovida.

También objeta Hamilton a quienes sólo han visto lo superficial expresado y no la honda motivación, o no han querido interpretar los símbolos, como ocurre con el cisne de Rubén, al que sería injusto retorcerle el cuello, como quería González Martínez, porque de veras siente el alma del paisaje, no refleja únicamente su engañoso plumaje en el espejo intelectual o en el lago de una evocación helénica, mientras que el buho del poeta mexicano tiene a menudo, o busca, la gracia del cisne rubeniano.

Abierta la puerta de España a Darío, por la mano paternal de don Juan Valera, el poeta centroamericano encontró eco en jóvenes escritores que llegaban a Madrid de todos los rincones de la Nación y también recién llegados de Hispanoamérica, quienes —según dijo Federico de Onís— alentaban unánime reacción contra excesivas preocupaciones estilísticas, contra el lenguaje poético consagrado por el academicismo,

contra la coquetería intelectual y, particularmente, contra las dos formas derrotistas desánimo y escepticismo, que por igual determinaban inhibiciones, pero lo que fuera sólo reacción —que también implica cierta negatividad— fue transformado por Rubén Darío en entusiasmo, que es afirmación vital.

A quienes creían, o sentían, venir de regreso e ir arrastrados por una corriente histórica (algunos únicamente habían extraviado sus pasos, y cantaban para espantar la soledad del camino) Darío les dice ¡OÍD, LA VIDA ES DULCE Y SERIA! y no porque no exista el dolor, o no sean justificadas las quejas, sino porque no sólo existe dolor sino también la complacencia vital, que incluso se mide por la misma graduación del dolor, y porque la querrela a formular debe ser más honda y amplia, para abarcar al hombre, por encima de ensimismamientos básicamente expuestos a ser injustos, por resultar juez y parte el hombre insatisfecho, "una forma de dolor condensado en lo genérico de la psique una forma de dolor universal, y otra, proveniente de los disturbios interiores individuales", desazones íntimas de carácter unipersonal.

Darío, agitado por un vasto dolor y cuidados pequeños —lo grita— no deja de aferrarse a la vida, aunque ésta sea convergencia hacia la muerte, experimenta el horror de sentirse pasajero e ir a tientas, en intermitentes espantos, reconoce la miseria de toda lucha por lo finito, mas espera que su alma pueda abandonar la crisálida, renovando el fulgor de su psique abolida, el dolor fugitivo se trasmuta —en fondo y forma— en sentimiento eterno y se identifica con valores humanos perdurables.

Y, a la vez, preconiza Darío la libre expresión del temperamento humano, demandando por ella una auténtica sinceridad artística, su vida deviene, como experiencia, en material poético, en el fondo de sí mismo, por generosa simpatía, encuentra lo humano universal, y lo traduce en emisión estética. Por eso dirá Valery Larbaud, en 1912 *LA LLAVE O SESAMO-ABRETE, LA DIRECCION QUE CONVIENE SEGUIR, LA PRIMERA CLARAMENTE ESCUCHADA ES UN AMERICANO QUIEN NOS LA DA RUBEN DARIO*.

Se ha exagerado el erotismo de Darío, porque la exaltación amorosa que expresa —y que en mucho menor grado vive— es también reacción espontánea contra LA PREDISPOSICION RACIONALISTA, que enfría el sentimiento, lo mismo en la vida que en el arte, amar en Darío es

Siempre y con todo

**el ser y con la tierra y con el cielo,
con lo claro del sol y lo oscuro del lodo;
amar por toda ciencia y amar por todo anhelo.**

Dicho sentimiento le parece la vía recta del conocer y, algo más, la razón del existir, y encuentra el nexo entre la carne y el alma

**Ante el celeste, supremo acto,
dioses y bestias hicieron pacto.**

Mientras abrazo y beso se hacen síntesis de la eternidad, a sabiendas de que si la carne tiente con sus frescos racimos, la tumba aguarda con sus fúne-

bres ramos, no obstante no saber a dónde vamos, ni dónde vinimos, presente y anhela un amor infinito

**Que todo diga y cante,
amor que cante y deje sorprendida
a la serpiente de ojos de diamante
que está enroscada al árbol de la vida.**

Tema cantado en todos los tonos, pintado en múltiples formas, interpretado diversamente, afina los sentidos del poeta y, por rara alquimia, se trasmutan en deliquio espiritual, para hundirse en el misterio vital y mortal, y resurgir como un rito de humana depuración

A veces nos parece que Darío hubiera querido sacrificarlo todo, sacrificarse él mismo, al arte, tenido como fino fin, camino y meta de su destino, vocacionalmente empujado a identificarse con el ideal de un arte puro, concepto en que aspira a integrar la belleza divina, más para alcanzar esa fusión de lo humano y lo divino, tiene que arder en triple llama, como lo dice en versos de vida y esperanza

**Vida, luz y verdad tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el ARTE PURO como Cristo exclama
Ego sum lux et veritas et vita.**

**Y la vida es misterio: la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
el secreto ideal duerme en la sombra.**

**Por eso ser sincero es ser potente:
de desnuda que está brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye de ella.**

**Tal fue mi intento, hacer del alma pura
mía, una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.**

Peró dudó mucho, y muchas veces, no sólo ENTRE LA CATEDRAL Y LAS RUINAS PAGANAS, sino de su capacidad para prestarle fundamento a su fe, CUANDO EL CONFLICTO DE LAS IDEAS ME HA HECHO VACILAR —declara— Y ME HE SENTIDO SIN UN SEGURO Y CONSTANTE APOYO, esto lo dice en HISTORIA DE MIS LIBROS, que no es otra que la historia de su propia vida, por haber escrito siempre con profunda sinceridad, lo cual reclama como el mejor galardón Y EL MERITO PRINCIPAL DE MI OBRA, SI ALGUNO TIENE, ES UNA GRAN SINCERIDAD, EL HABER PUESTO MI CORAZON AL DESNUDO, EL HABER ABIERTO DE PAR EN PAR LAS PUERTAS Y VENTANAS DE MI CASTILLO INTERIOR, PARA ENSEÑAR A MIS HERMANOS EL HABITACULO DE MIS MAS INTIMAS IDEAS Y DE MIS MAS CAROS SUEÑOS, y lo dice en momentos en que TODO ES NADA, LA GLORIA COMPRENDIDA y aunque se diga que EL BUSTO SOBREVIVE A LA CIUDAD todo desaparecerá ANTE LA MIRADA DE LA UNICA ETERNIDAD

Aun cuando le llega en el recuerdo de su infancia LA DULZURA DEL ANGELUS MATERNAL Y DIVINO, por mucho tiempo perdura en él un gusto por el rito, lejano resplandor de su deslumbramiento, también doble lo mismo ante los retablos dorados a fuego de la hermosa y vetusta catedral de León, que ante su sol nicaragüense DE ENCENDIDOS OROS

Más tarde comprenderá ¡OH! MISERIA DE TODA LUCHA POR LO FINITO poema en que —dice Arturo Marasso— Darío resulta "moralista ascético, siente la inspiración a lo infinito y a lo eterno, ve lo desleznable de las cosas terrenas", ocurre una segunda trasmutación su misticismo por el arte, se queda en misticismo puro, y el arte en forma de expresión, y lo que fue interés en ritualidades de esplendor teatral, se convierte en religiosidad intensa

Con fina intuición de crítico, tempranamente advierte Francisco Gavidia que Rubén Darío (quien tenía entonces 23 años) POSEE LA ARMONIA TODO EL ES INTUICION RESPECTO DEL VERSO HAY EN EL EL PRINCIPIO GERMINADOR DE LA MUSICA; y después se ha repetido esa observación, y hasta se atrevió por algunos que la poesía de Rubén es eso, sólo música, o esencialmente al menos, si no sólo MUSICA, y esto era admitido por el poeta pero en campo más extendido y con significación más profunda COMO CADA PALABRA TIENE UN ALMA, HAY EN CADA VERSO, ADÉMAS DE LA ARMONIA VERBAL, UNA MELODIA IDEAL LA MUSICA ES SOLO DE LA IDEA MUCHAS VECES

Sigue siendo válida, pues, la observación de Gavidia, si se reconoce que Darío tenía ese don musical, como cualidad nativa, pero no es sólo AGUEL QUE AYER NO MAS DECIA, EL VERSO AZUL Y LA CANCION PROFANA, EN CUYA NOCHE UN RUISEÑOR HABIA, QUE ERA ALONDRA DE LUZ POR LA MAÑANA Ruiseñor y Alondra cantan en las ramas de su emoción, es verdad, pero él tiene también la maestría, al impulso espontáneo, vocacional, que le hace cantar, agrega la disciplina de quien aprende el oficio adecuado a sus inclinaciones y aptitudes

Realmente la música, verbal e ideológica de Darío llamó desde un principio la atención de cuantos se detuvieron a escuchar sus cantos, desde que en la ciudad de León comenzó la gente a llamarle el niño-poeta (después seguiría siendo un poeta niño), antes de que pensara, en compañía de Gavidia, en trasladar al castellano la cadencia del alejandrino francés, es verdad que Hugo había sugerido una relación escondida entre el arte y lo azul y, por tanto, dio nombre al libro con que Darío mostraba, en prosa y verso, las posibilidades de un arte literario vibrante, atrevido en fondo y forma, pero se ha exagerado el influjo del poeta francés, por ejemplo, cuando canta a Gonzalo de Berceo, el más antiguo poeta español que se identifica en la historia de la literatura y descuella en el mester de clerecía, Rubén varoa en un vaso de bon vino los alejandrinos de la *cuaderna vía* en que Berceo romanzó vidas de Santos, milagros y otros temas, al par que valoraba en una copa de champagne los alejandrinos de Hugo, es decir, que Darío había leído la VIDA DE SANTO DOMINGO DE SILOS.

**Quiero fer una presa en román paladino
en qual suelo el pueblo fablar a su vecino,
o non se fan letrado por fer oïro latino,
bien valdrá, como creo, UN VASO DE BON VINO.**

Una de sus innovaciones, ya lo dijimos antes, fue buscar la fabla popular, las palabras que un hombre dice a su vecino, y como hablaba el español, que en cierto modo es pensar a la española, de tal manera van unidos palabra y pensamiento, despertó en España el eco vivo de sus propias tradiciones. Robert E. Osborne (*La literatura hispanoamericana en España*), señala el momento en que se observa un cambio de actitud de los españoles hacia sus hermanos de América. Y lo explica: "No hay duda de que una de las razones principales que explica este cambio de actitud fue el desarrollo de la literatura hispanoamericana a fines del siglo y, en particular, la obra de Rubén Darío, el primer literato del Nuevo Mundo que incluyó considerablemente el curso de la literatura de la madre patria".

Don Miguel de Unamuno, tras mencionar dos nombres (*Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, Revista *La Lectura*), los nombres de Rubén Darío y de José Asunción Silva, concluye: "Cierto es que nuestros escritores influyen en América, pero ¿acaso no han influido en España e influyen hoy mismo, escritores americanos? Y cada día, es de esperar, influirán más" (Artículo recopilado en *ENSAYOS*, tomo I, Aguilar, 1945).

Y el propio Darío declara su condición: YO SIEMPRE FUI, POR ALMA Y POR CABEZA, ESPAÑOL DE CONCIENCIA, OBRA Y DESEO, Y YO NADA CONCIBO Y NADA VEO SINO ESPAÑOL POR MI NATURALEZA. CON LA ESPAÑA QUE ACABA Y LA QUE EMPIEZA CANTO, Y AUGURO, PROFETIZO Y CREO. Y ESPAÑOL SOY POR LA LENGUA DIVINA, POR VOLUNTAD DE MI SENTIR VIBRANTE!!! ECO DE RAZA, ALIENTO QUE CULMINA y en otro soneto, intitulado ESPAÑA, donde le parece que EL PORVENIR CALLA Y ESPERA, es optimista aunque por un día la justicia estuvo sola, sabe QUE LA RAZA ESTA EN PIE Y EL BRAZO LISTO, QUE VA EN EL BARCO EL CAPITAN CERVANTES Y ARRIBA FLOTA EL PABELLON DE CRISTO.

En uno de los artículos sueltos que publiqué en *El Imparcial* con motivo del centenario de Rubén Darío, dije que su verso tuvo la gallardía de liberar las palabras, con lo cual liberaba el pensamiento, dándoles su doble oficio: musical y alusivo, su doble valor: definición y guía, su doble plano: concreto y simbólico. En esta maestría ya no basta la intuición, la caudalosa vena poética abierta en espontaneidad, incitada por el mundo exterior y por un correlativo estremecimiento interior, es preciso trabajar como orfebre esas piedras preciosas, engarzar las ideas, darles sus luces y, a veces, darles el brillo de piedras preciosas a los vidrios rotos del pensamiento popular, y hasta vulgar, en el misterio de un kaleidoskopio mental y sentimental.

HOGARES

— COMERCIO

— AGRICULTURA

— INDUSTRIA

TROPIGAS

GAS LICUADO DE PETROLEO

EL COMBUSTIBLE MODERNO

AL SERVICIO

DE

HONDURAS